

Paul Kearney

El viaje de Hawkwood
Las Monarquías de Dios
Libro I

Traducción de
Núria Gres

 ALAMUT

Prólogo

Año del Santo 422

La brisa del noroeste empujaba un barco de muertos hacia la costa, con las gavias izadas y las vergas aún preparadas para recibir el viento de mar abierto, perdido largo tiempo atrás. Los hombres de los chinchorros fueron los primeros en avistarlo, la víspera del día de San Beynac. Se escoraba pesadamente, incluso en el leve oleaje, y, al amainar la brisa, las velas que le quedaban se estremecieron y aletearon.

Era un día de un azul perfecto; el mar y el cielo eran reflejos mutuos, enormes y regulares. Unas cuantas gaviotas revoloteaban expectantes en torno a las redes llenas de plata que las tripulaciones de los chinchorros izaban tan rápido como podían, y un banco de oyvijos centelleantes jugueteaba a babor; un mal presagio. Se decía que en el interior de cada uno aullaba el alma de un hombre ahogado. Pero el viento era suave, y el bajío enorme y visible como una gran sombra bajo el casco, parpadeando de vez en cuando con el lomo brillante de algún pez. Los hombres llevaban allí desde la guardia de mañana, llenando sus redes gracias a la abundancia incierta del mar, con la línea oscura de la costa hebrionesa convertida en una leve insinuación tras su hombro derecho.

El capitán de un chinchorro se protegió los ojos, hizo una pausa y contempló el mar, con unos ojos como piedras azules centelleantes sobre cuero arrugado y la barbilla erizada de vello pálido como el tallo de una ortiga. El resplandor del agua se reflejó en las cuencas de sus ojos.

—Eso sí que es extraño —murmuró.

—¿Qué, padre?

—Un galeón, muchacho, y parece que procede de alta mar. Pero la lona está hecha trizas y colgada de las vergas, y veo una braza suelta. Y, si no me equivoco, va lleno de agua. Le ha ocurrido algo, desde luego. ¿Y su tripulación? Marineros de agua dulce.

—Tal vez estén muertos, o agotados —dijo su hijo, muy interesado.

—Tal vez. O puede que hayan enfermado de la plaga que dicen que asola las tierras de oriente. La maldición de Dios sobre los infieles.

Los demás hombres del chinchorro hicieron una pausa al oírlo, contemplando con aire lúgubre el bajel que se acercaba. El viento viró un punto (notaron que se desviaba hacia un lado) y el extraño barco perdió velocidad. Podían ver su casco y sus castigados mástiles negros contra aquella incierta banda de horizonte que no es ni cielo ni mar. El agua goteaba de las manos de los hombres; los peces se sacudían débilmente en las redes, olvidados y moribundos. Las gotitas de sudor se acumulaban en las narices y escocían en los ojos; había sal por todas partes, incluso en la propia humedad corporal. Miraron a su capitán.

—Si toda la tripulación ha muerto, el barco y su contenido pertenecen a quien los encuentre —dijo un hombre.

—Es un barco de mal agüero, llegando así del oeste sin ningún signo de vida a bordo —murmuró otro—. Allí no hay nada más que miles de leguas de mar desconocido, y más allá el fin del mundo.

—Puede haber hombres vivos a bordo que necesiten ayuda —dijo el capitán con firmeza. Su hijo lo miró con los ojos muy abiertos. Durante un instante, las miradas de toda su tripulación permanecieron fijas en su rostro. El capitán las sintió como sentía el calor del sol, pero su rostro arrugado no reveló nada mientras tomaba su decisión.

—Nos acercaremos. Jakob, iza el trinquete para dar la vuelta. Gorm, recoge esas redes y avisa a los demás botes. Que se queden aquí. Es un buen bajío, demasiado bueno para dejarlo pasar.

La tripulación se dirigió a sus tareas; algunos hombres estaban enfurruñados y otros excitados. El chinchorro tenía dos palos, el de mesana a popa del timón. Tendría que barloventear hacia la brisa de tierra para abordar el galeón. Los hombres de los demás botes dejaron de recoger sus capturas para observar mientras el chinchorro se acercaba a su destino. El bajel recibía el oleaje de costado, inclinándose a estribor mientras las olas rompían en su lado de barlovento. Cuando el chinchorro se hubo aproximado lo suficiente, su tripulación empuñó los pesados remos mientras el capitán y algunos otros permanecían en la regala, listos para efectuar el peligroso salto hasta la borda del galeón.

El bajel se elevaba por encima de ellos, como un gigante amenazador, con el cordaje móvil suelto, la verga latina de su mesana convertida en un simple muñón, y las gruesas cintas que bordeaban su costado rotas y astilladas como si se hubiera deslizado por un lugar muy estrecho. No había señales de vida, y el saludo del capitán no recibió respuesta. Subrepticamente, los remeros se detuvieron en su tarea para trazar el Signo del Santo sobre su pecho.

El capitán saltó, gruñó al recibir el impacto del costado del galeón, trepó sobre la barandilla y se detuvo, jadeante. Los demás lo siguie-

ron, dos de ellos con los puñales entre los dientes como si esperaran tener que abrirse camino luchando. Y entonces el chinchorro se separó del barco, mientras el segundo de a bordo viraba a babor. Se pondría al paio, manteniendo el viento en la amura de barlovento y aguantando la brisa. El capitán lo saludó con la mano mientras se alejaba.

El galeón estaba algo hundido en el agua y el viento castigaba los castillos de proa y popa. No había más sonido que el siseo y los lamidos del mar, el crujido de la madera y las sogas, y los golpes de un barril desfondado que rodaba adelante y atrás en los imbornales. El capitán levantó la cabeza al captar el hedor de la corrupción. Sus ojos encontraron la mirada experta del viejo Jakob. Intercambiaron una señal de asentimiento. Había muerte a bordo, cadáveres pudriéndose en algún lugar.

—Que el bendito Ramusio nos proteja, espero que no sea la plaga —dijo un hombre con voz ronca, y el capitán hizo una mueca.

—Cierra la boca, Kresten. A ver qué podéis hacer Daniel y tú para ponerlo viento en popa. Creo que las junturas estarán sufriendo con este oleaje. Veremos si podemos llevarlo a Abrusio antes de que escupa las estopas y se le hunda la proa.

—¿Vas a llevarlo a tierra? —preguntó Jakob.

—Si puedo. Pero tendremos que mirar abajo, a ver si se ha asentado. —El movimiento del barco lo hizo tambalearse un poco—. El viento está arreciando. Eso es bueno, si podemos hacerlo virar. Ven, Jakob.

Abrió una de las puertas del castillo de popa y penetró en la oscuridad. La luz brillante y azul desapareció. Podía oír a Jakob andando descalzo y respirando pesadamente tras él en las repentinas tinieblas. Se detuvo. El barco se sacudió como un moribundo bajo sus pies, y el hedor a putrefacción, mucho más intenso, cubrió incluso los aromas familiares a sal, alquitrán y cañamo. Contuvo la náusea mientras sus manos encontraban otra puerta.

—¡Dulce Santo! —dijo, y la abrió de un empujón.

La luz del sol, intensa y brillante, entraba a raudales por las destrozadas ventanas de popa. Un gran camarote, una mesa larga, el destello de unos sables cruzados en un mamparo, y un hombre muerto contemplándolo sentado.

El capitán se obligó a avanzar.

Había agua a sus pies, agitándose con el movimiento del barco. Parecía que el mar hubiera entrado por las ventanas; en el extremo delantero del camarote había una maraña de ropa, armas, cartas de navegación y un pequeño cofre con incrustaciones de cobre, muy maltrecho. Pero el muerto estaba sentado muy erguido en su silla, dando la espalda a las ventanas de popa, y su piel bronceada se tensaba como un pergamino sobre las líneas de su cráneo. Sus manos eran

garras encogidas. Las ratas lo habían roído. Su silla estaba fijada a la cubierta con correderas de madera, y el hombre estaba atado a la silla con múltiples hileras de cuerda empapada. Parecía que se hubiera atado a sí mismo; tenía los brazos libres. En uno de sus puños descompuestos apretaba un pedazo de papel medio roto.

—Jakob, ¿qué es lo que estamos viendo?

—No lo sé, capitán. Algo diabólico ha actuado en este barco. Este hombre era el capitán, ¿ves las cartas?, y también hay una ballestilla rota. Pero, ¿qué debió ocurrirle para hacer esto?

—No tiene explicación, al menos de momento. Tenemos que ir abajo. Mira a ver si puedes encontrar una linterna, o una vela. He de echar un vistazo a la bodega.

—¿La bodega? —El hombre pareció dudoso.

—Sí, Jakob. Hemos de ver cuánta agua está entrando, y qué cargamento lleva.

La luz abandonó las ventanas y el movimiento del barco se hizo más suave cuando los hombres de cubierta lo pusieron viento en popa. Jakob y su capitán dieron un último vistazo al hombre muerto y a la expresión de su rostro, y salieron. Ninguno de los dos comentó lo que estaba pensando: aquel hombre había terminado sus días en el mundo con el rostro desfigurado por el terror.

De nuevo la brillante luz del sol y la limpia espuma del mar. Los demás marineros estaban atareados con las poleas y brazas, moviendo vergas mucho más pesadas que las que utilizaban habitualmente. El capitán ladró unas cuantas órdenes. Necesitarían velas y cuerdas nuevas. Los obenques del palo mayor estaban hechos jirones en el lado de babor; era un milagro que el mástil hubiera resistido.

—Ninguna tormenta provocó algo así —dijo Jakob, y pasó sus manos encallecidas por la barandilla del barco. La madera estaba rota y agujereada. «Mordida», pensó el capitán, y sintió que un frío gusano de miedo se le enroscaba en el estómago. Pero mantuvo la expresión impassible ante la mirada interrogadora de Jakob.

—Somos marineros, no filósofos. Nuestra tarea es hacer que este barco flote. ¿Vas a acompañarme o se lo pido a uno de los jóvenes?

Habían navegado juntos por la costa hebrionesa durante más de cuarenta años, capeando más tormentas de las que podían recordar y capturando millones de peces. Jakob asintió en silencio, mientras la irritación acababa con su miedo.

Las lonas que cubrían las escotillas se habían desgarrado. Estaba oscuro en las entrañas del barco, y descendieron con cuidado. Uno de los hombres había encontrado y encendido una linterna que les tendió desde arriba. A su luz, se encontraron rodeados de cajas, barriles y

sacos. Había un olor a moho en el aire, y de nuevo un débil hedor a corrupción. Podían oír los chapoteos y gorgoteos del agua en la bodega, el movimiento del cargamento suelto, el crujido del castigado casco del barco. El hedor de la sentina, normalmente insoportable en un barco grande, había quedado neutralizado por la entrada del agua de mar.

Avanzaron lentamente por entre el cargamento, mientras la luz de la linterna enviaba sombras caóticas en todas direcciones. Encontraron restos de ratas medio devoradas, pero ninguna viva. Y no había rastro de la tripulación. El capitán del camarote podía haber pilotado el barco solo y sin ayuda hasta su muerte.

Otra escotilla, y un tambucho que se hundía en las oscuras profundidades. El barco crujió y gemía bajo sus pies. Ya no podían oír las voces de sus compañeros de arriba, en aquel otro mundo de aire salado y espuma. Sólo existía aquel agujero que se abría sobre la nada, y más allá de las paredes de madera que los rodeaban no había nada más que un mar mortífero.

—Hay agua ahí abajo, y bastante —dijo Jakob, metiendo la linterna por la escotilla—. Veo que se mueve, pero no hay espuma. Si hay una vía de agua, es lenta.

Hicieron una pausa, mirando hacia abajo, a un lugar que ninguno de los dos deseaba ver. Pero eran marineros, como había dicho el capitán, y ningún hombre criado en el mar podía permanecer ocioso contemplando la muerte de un barco.

El capitán hizo ademán de emprender el descenso, pero Jakob lo detuvo con una sonrisa extraña y bajó primero, con la respiración jadeante en su garganta. El capitán vio que la luz se rompía al reflejarse sobre las múltiples facetas del agua, llena de cosas flotando, y oyó un chapoteo en el claroscuro de sombras y llama.

—Aquí hay cuerpos. —La voz de Jakob le sonó lejana y distorsionada—. Creo que he encontrado a la tripulación. Oh, buen Dios y sus benditos santos...

Hubo un gruñido, y Jakob chilló. La linterna se apagó y en la negrura algo golpeó el agua furiosamente. El capitán distinguió el brillo amarillento de un ojo como un fuego ardiendo a lo lejos en una noche negra y oscura. Sus labios formaron el nombre de Jakob pero no articularon ningún sonido; su lengua se había convertido en arena. Retrocedió y chocó con el canto afilado de una caja. «Corre», le gritó una parte de su mente, pero sus huesos se habían vuelto de granito.

Entonces la cosa trepó por el tambucho hacia él, y no tuvo siquiera tiempo de murmurar una plegaria antes de que le estuviera desgarrando la carne. Los ojos amarillos fueron testigos de la huida de su alma.

Primera parte

La caída de Aekir

1

Año del Santo 551

La Ciudad de Dios estaba en llamas...

Largas lenguas de fuego recorrían las calles como estandartes azotados por el viento, separándose para consumirse y perderse entre las terribles nubes de humo impenetrable que se elevaban sobre las llamas. La ciudad ardía a lo largo de las orillas del río Ostio y los edificios se desmoronaban, con el ruido de su colapso perdido entre el omnipresente rugido del fuego. Hasta el fragor continuo de la batalla junto a las puertas del oeste, donde la retaguardia todavía luchaba, quedaba engullido por el estruendo del fuego.

La catedral de Carcasson, la mayor del mundo, permanecía firme y negra contra las llamas, un centinela solitario coronado de agujas y cúpulas. La enorme masa de granito era impermeable al calor, pero el plomo del tejado se fundía en riachuelos y las vigas de madera ardían en toda su longitud. Los cuerpos de los sacerdotes cubrían los escalones; el bendito Ramusio los contemplaba tristemente asistido por una horda de santos menores, cuyos ojos se agrietaban mientras las varas de bronce que sostenían se retorcían por el calor. Aquí y allí una gárgola, silueteada en escarlata, miraba hacia abajo y sonreía con malevolencia.

El palacio del sumo pontífice estaba lleno de soldados. Los merduk habían arrancado los tapices y destrozado las reliquias en busca de las piedras preciosas que las adornaban. Estaban bebiendo vino en las vasijas sagradas mientras esperaban su turno con las mujeres cautivas. Desde luego, Ahrimuz había sido bueno con ellos aquel día.

Más al oeste, en el interior de la ciudad, las calles estaban obstruidas por los fugitivos y las tropas que hubieran debido protegerlos. Centenares de personas fueron pisoteadas durante el pánico; había niños abandonados, y ancianos y enfermos arrojados a un lado. Con frecuencia, el colapso de algún edificio sepultaba a un grupo de fugitivos bajo una furia de ladrillos en llamas, pero el resto apenas les dedi-

caba una miraba. Avanzaban hacia el oeste, hacia las puertas todavía defendidas por las tropas ramusianas, los últimos restos de los torunianos de John Mogen, los soldados más temidos de todo Occidente. A la sazón, se habían convertido en una chusma desesperada y que había perdido el valor tras el asedio y los seis ataques que habían precedido al último. Y John Mogen había muerto. Los merduk estaban crucificando su cadáver sobre la puerta este donde había caído, maldiciéndolos hasta el final.

Los merduk se desparramaron por la ciudad como una plaga de cucarachas relucientes y afiladas a la luz de las hogueras, con los rostros brillantes y los brazos ensangrentados hasta los codos. Había sido un largo asedio y una buena batalla, y por fin la mayor ciudad de Occidente había caído en sus manos. Shahr Baraz había prometido dejarles las manos libres en cuanto la ciudad hubiera caído, y el pillaje ocupaba por entero sus mentes. No eran ellos quienes estaban incendiando la ciudad, sino las tropas occidentales en retirada. Sibastion Lejer, lugarteniente de Mogen, había jurado no dejar que un solo edificio cayera intacto en manos de los paganos, y, junto con un grupo de hombres que todavía obedecían sus órdenes, se dedicaba a quemar metódicamente los palacios, arsenales, almacenes, teatros e iglesias de Aekir, y a masacrar a cualquiera, merduk o ramusiano, que tratara de impedirlo.

Corfe observaba las altas cortinas de llamas que se agitaban contra el cielo oscurecido. El humo de las hogueras había provocado un ocaso prematuro, el final de un largo día para los defensores de Aekir; para muchos miles, su último día.

Se encontraba sobre una azotea, aislado del torbellino de personas asustadas de abajo. Sus gritos le llegaban como una ola sólida. Miedo, rabia, desesperación. Era como si la propia Aekir estuviera gritando: una ciudad torturada entre convulsiones agónicas, con las entrañas incineradas por el fuego. El humo irritaba los ojos de Corfe, que se los secó. Notaba que la ceniza se depositaba sobre su frente como una nieve negra.

Maltrecho, chamuscado y ensangrentado, ya no parecía un apuesto soldado. Había abandonado su media armadura al huir de las murallas, y llevaba sólo el jubón y el pesado sable que era el distintivo de los hombres de Mogen. Era un hombre bajo, ligero y de ojos profundos. En su mirada se alternaban la furia y la desesperación.

Su esposa estaba en algún lugar de allí abajo, disfrutando de las atenciones de los merduk, pisoteada en algún callejón empedrado, o convertida en un cadáver chamuscado entre los escombros de alguna casa.

Volvió a secarse los ojos. Maldito humo.

—Aekir no puede caer —les había dicho Mogen—. Es impenetrable, y los hombres de sus murallas son los mejores soldados del mundo. Pero eso no es todo. Es la Ciudad Santa de Dios, el primer hogar del bendito Ramusio. No puede caer.

Y lo habían vitoreado. Pero un cuarto de millón de merduk habían demostrado lo contrario.

El soldado que había en él se preguntó brevemente cuántos miembros de la guarnición conseguirían escapar. La guardia personal de Mogen había luchado hasta la muerte tras la caída del general, y después de aquello se desencadenó la desbandada. Treinta y cinco mil hombres habían defendido Aekir. Serían afortunados si una décima parte conseguía llegar a la línea de Ormann.

—No puedo dejarte, Corfe. Tú eres mi vida. Mi sitio está aquí —había dicho ella con aquella encantadora sonrisa torcida y su cabello oscuro como una pluma de cuervo encima del rostro. Y él, estúpido, estúpido, estúpido, le había hecho caso, a ella y a John Mogen.

Era imposible encontrarla. Su hogar se encontraba a la sombra del bastión oriental, el primer lugar en caer. Había tratado de llegar tres veces antes de desistir. Allí ya no vivía ningún hombre que no adorara a Ahrimuz, y las mujeres supervivientes ya habían sido capturadas. Se convertirían en doncellas de Ahrimuz, habitantes de los burdeles de campo de los merduk.

Maldita estúpida. Le había dicho cien veces que se marchara, que abandonara la ciudad antes de que las líneas de asedio empezaran a cortar las comunicaciones.

Miró hacia el oeste. Las multitudes se agolpaban en aquella dirección como sangre coagulada en las arterias de un gigante derribado. Se rumoreaba que la carretera de Ormann seguía abierta hasta el río Searil, donde los torunianos habían construido su segunda línea fortificada en veinte años. Se decía que los merduk habían dejado expedita a propósito aquella vía de salida, para tentar a la guarnición a evacuar la ciudad. La gente estaría taponando la carretera durante veinte leguas. Corfe lo había visto antes, en la veintena de batallas libradas desde que los merduk habían cruzado las montañas de Jafrar.

¿Estaba muerta? Nunca lo sabría. Oh, Heria.

Le dolía el brazo de la espada. Nunca había participado en una matanza semejante. Le parecía que llevaba toda la vida luchando, y sin embargo el asedio había durado sólo tres meses. De hecho, no se había tratado de un asedio tal como lo entendía el *Manual militar*. Los merduk habían aislado Aekir, y luego habían empezado a destruirla. No había habido intentos de rendirla por hambre. Simplemente habían atacado con una imprudencia temeraria, perdiendo cinco hom-

bres por cada defensor que caía, hasta el asalto final de aquella mañana. En las murallas la lucha había sido salvaje, una carnicería continua, hasta que se había alcanzado el momento crítico; el vaso había rebosado por fin, y los torunianos habían empezado a abandonar las murallas en un goteo que se había convertido en desbandada. El viejo John les había arengado hasta ser derribado por una cimitarra merduk. Después de aquello, prácticamente había cundido el pánico. Nadie pensó en una segunda línea, en una retirada defensiva. La tremenda tensión del asedio y los múltiples asaltos los habían dejado demasiado exhaustos, frágiles como una espada cubierta de óxido. El recuerdo avergonzaba a Corfe. Las murallas de Aekir ni siquiera habían sido penetradas; simplemente, habían sido abandonadas.

¿Era aquél el motivo de que se hubiera detenido y estuviera allí en aquel momento, como el espectador de un apocalipsis? Tal vez quería compensar su huida. O perderse en la ruina.

«Mi esposa. Está en algún lugar de ahí abajo, viva o muerta.»

Ruido de explosiones, estallidos que sacudieron el aire lleno de humo. Sibastion estaba volando los polvorines. Disparos de arcabuz. Alguien estaba resistiendo. Que lo hicieran. Era el momento de abandonar la ciudad y a quienes había amado en ella. Los estúpidos que decidieran luchar dejarían sus cadáveres en las cunetas.

Corfe empezó a bajar de la azotea, secándose furiosamente los ojos. Tuvo que tantear cada peldaño de la escalera, utilizando el sable como el bastón de un ciego.

El calor era sofocante cuando llegó a la calle, y el aire acre le irritó la garganta. El sonido de las multitudes lo golpeó como un muro en movimiento, y luego se encontró entre ellas, arrastrado igual que un nadador en un remolino. Apeataban a terror y cenizas, y los rostros apenas le parecieron humanos en aquella luz infernal. Pudo ver a hombres y mujeres inconscientes sostenidos en pie por la presión de la multitud, y niños pequeños gateando sobre las cabezas apiñadas como si fueran una alfombra. Había hombres aplastados al borde de la calle, manchando las paredes que los habían confinado. Notaba cuerpos bajo sus pies mientras era impulsado hacia delante. Su talón resbaló sobre el rostro de un niño. Perdió el sable, que alguien le arrancó de la mano en la confusión. Levantó la cara hacia el cielo encapotado y los edificios en llamas, luchando por su porción de aire maloliente.

«Dios mío», pensó, «estoy en el infierno.»

Aurungzeb el Dorado, tercer sultán de Ostrabar, estaba jugueteando con los pechos erguidos de su última concubina cuando un eunuco apareció por entre los cortinajes del extremo de la estancia y se inclinó profundamente, con la cabeza calva reluciendo a la luz de las lámparas.

—Alteza.

Aurungzeb lo miró furioso, clavando sus ojos negros en el temerario intruso, que permanecía inclinado y tembloroso.

—¿Qué ocurre?

—Un mensajero, alteza, de parte de Shahr Baraz en Aekir. Dice que tiene noticias del ejército que no pueden esperar.

—¿De modo que no pueden esperar? —Aurungzeb se incorporó de un salto, empujando a su enfurruñada compañera—. ¿Así que tengo que estar a disposición de todos los eunucos y soldados del palacio? —Derribó al eunuco de un puntapié. El rostro lampiño hizo una mueca silenciosa.

Aurungzeb hizo una pausa.

—¿Del ejército, has dicho? ¿Son noticias buenas o malas? ¿Se ha roto el asedio? ¿Acaso ese perro de Mogen ha puesto en fuga a mis tropas?

El eunuco se incorporó sobre manos y rodillas y jadeó con la vista fija en la colorida alfombra.

—No ha querido decirlo, alteza. Sólo os revelará la noticia personalmente. Le he dicho que esto era muy irregular, pero... —Otro puntapié volvió a dejarlo en silencio.

—Hazlo pasar, y si trae malas noticias también lo convertiré en eunuco.

Un movimiento de su cabeza envió a la concubina a un rincón. De un cofre enojado, el sultán extrajo una daga sencilla con la empuñadura muy desgastada. Estaba muy usada, pero la guardaba como si fuera algo precioso. Aurungzeb se la metió en la faja que llevaba a la cintura y dio una palmada.

El mensajero era un kolchuk, una raza que los merduk habían conquistado largo tiempo atrás en su marcha hacia el oeste. Los kolchuk comían renos y hacían el amor con sus hermanas. Además, aquel hombre permanecía erguido ante Aurungzeb pese a los siseos del eunuco. De algún modo, había conseguido eludir al visir y al chambelán del harén para llegar hasta él. Las noticias debían ser realmente importantes. Si eran malas, Aurungzeb le cortaría la cabeza.

—¿Bien?

El hombre tenía los ojos impenetrables propios de los kolchuk, pie-dras planas tras las ranuras de su rostro inexpresivo. Pero emitía una especie de resplandor, pese al hecho de que se balanceaba ligeramente sobre sus pies. Olía a polvo y a caballo sudoroso, y Aurungzeb observó con interés que un rastro de sangre seca manchaba la parte inferior de su armadura.

El hombre puso una rodilla en tierra, pero su rostro resplandeciente continuó mirando hacia arriba.

—Los respetos de Shahr Baraz, comandante en jefe del Segundo Ejército de Ostrabar, alteza. Pide permiso para informaros de que, si complace a vuestra excelencia, ha tomado posesión de la ciudad infiel de Aekir y se encuentra ahora limpiándola de los últimos restos de chusma occidental. El ejército está a vuestra disposición.

Aekir ha caído.

El visir entró en tromba seguido por un par de guardias armados con cimitarras. Gritó algo, y los guardias aferraron los hombros del kolchuk arrodillado. Pero Aurungzeb levantó una mano.

—¿Aekir ha caído?

El kolchuk asintió, y por un segundo el inescrutable soldado y el sultán ricamente vestido se sonrieron mutuamente, como hombres compartiendo una victoria que sólo ellos sabían apreciar. Luego Aurungzeb frunció los labios. No podía presionar al hombre pidiendo información; hubiera parecido impaciente, incluso poco elegante.

—Akran —dijo con un ladrido al furioso e inseguro visir—. Aloja a este hombre en el palacio. Ocúpate de que coma, se bañe y tenga todo lo que desee.

—Pero, alteza, un soldado común...

—Hazlo, Akran. Este soldado común podía haber sido un asesino, pero tú has permitido que llegara hasta el mismo harén. De no haber sido por Serrim —en aquel punto el eunuco enrojeció y sonrió tontamente—, me hubiera pillado totalmente por sorpresa. Pensé que mi padre te había enseñado mejor, Akran.

El visir pareció viejo y agotado. Los guardias se removieron inquietos, contaminados por su culpabilidad.

—Ahora marchaos todos. No, espera. Tu nombre, soldado. ¿Cuál es y bajo quién sirves?

El kolchuk lo miró, de nuevo con expresión remota.

—Me llamo Harafeng, señor. Soy miembro de la guardia personal del Shahr.

Aurungzeb enarcó una ceja.

—Entonces, Harafeng, cuando hayas comido y te hayas lavado, el visir te traerá de nuevo ante mí y hablaremos de la caída de Aekir. Tenéis permiso para retiraros, todos vosotros.

El kolchuk asintió brevemente, lo que hizo que Akran tartamudeara de indignación, pero Aurungzeb sonrió. Una vez solo en la estancia, su sonrisa se ensanchó, separando su barba, y por un momento fue posible ver al general que había sido por breve tiempo en su juventud.

Aekir ha caído.

Entre los Siete Sultanatos, Ostrabar era considerado el tercero más poderoso, después de Hardukh y la antigua Nalbeni, pero aquella hazaña militar, aquella victoria gloriosa, lo impulsaría hasta la primera

línea de los sultanatos merduk, con Aurungzeb a la cabeza. En los siglos venideros se hablaría del sultán que había conquistado la ciudad más sagrada y populosa de los ramusianos y había derrotado al ejército de John Mogen.

El camino estaba abierto hasta la propia Torunna; sólo quedaba la línea del río Searil y la fortaleza del dique de Ormann. En cuanto cayeran, no había más defensas hasta las montañas Címbricas, cuatrocientas millas más al oeste.

—¡Loado seas, Ahrimuz! —susurró el sultán a través de su sonrisa, y luego dijo bruscamente—: Gheg.

Un homúnculo se deslizó desde detrás de uno de los cortinajes bordados, agitó sus alitas correosas y se posó sobre una mesa cercana.

—Gheg —dijo con una voz diminuta y seca. Su rostro reflejaba astucia y malevolencia.

—Quiero hablar con tu amo, Gheg. Llámalo.

El homúnculo, no mayor que una paloma, bostezó, mostrando unos dientes afilados como agujas en el interior de una boca roja. Se rascó la entrepierna descuidadamente con una de sus garras.

—Gheg hambre —dijo, malhumorado.

Las aletas de la nariz de Aurungzeb se dilataron.

—Ya comiste anoche, el recién nacido más hermoso que pudieras desear. Ahora llama a tu amo, criatura infernal.

El homúnculo lo miró furioso, y luego encogió sus diminutos hombros.

—Gheg cansado. Doler cabeza.

—Haz lo que te digo o te ensartaré como a una codorniz.

El homúnculo sonrió; una visión espantosa. A continuación, en sus ojos brillantes apareció una luz diferente. Con voz profunda y humana, dijo:

—Aquí estoy, sultán.

—Tu criatura está algo huraña últimamente, Orkh. Es uno de los motivos por los que la empleo tan poco.

—Mis disculpas, alteza. Gheg se está haciendo viejo. Lo devolveré pronto a su tarro y os enviaré uno nuevo... ¿Qué deseáis?

—¿Dónde estás? —Era extraño oír aquel tono de irritación infantil en una figura tan grande e hirsuta.

—No importa. Estoy lo bastante cerca. ¿Hay algo que queráis pedirme?

Aurungzeb hizo un esfuerzo visible por controlar su genio.

—Quiero que mires al sur, hacia Aekir. Dime qué está ocurriendo allí. He recibido noticias. Quiero comprobarlas.

—Por supuesto. —Hubo una pausa—. Veo Carcasson en llamas. Veo las torres de asedio en el interior de las murallas. Hay una gran

hoguera, y chillidos de ramusianos. Os felicito, alteza. Vuestras tropas corren por la ciudad.

—Shahr Baraz. ¿Qué hay de él?

Otro momento de silencio. Cuando la voz volvió a oírse, contenía cierto tono de sorpresa.

—Contempla el cuerpo crucificado de John Mogen. Está llorando, sultán. En mitad de la victoria, está llorando.

—Es uno de los viejos *hraib*. El muy estúpido llora por su enemigo. ¿Dices que la ciudad está en llamas?

—Sí. Las calles están llenas de infieles. Incendian la ciudad mientras huyen.

—Ése debe ser Lejer, el muy bastardo. No nos dejará nada más que cenizas. Malditos sean él y sus hijos. Haré que lo crucifiquen, si lo capturan. ¿Está abierta la carretera de Ormann?

El homúnculo había empezado a sudar. Temblaba, y las puntas de sus alas se habían doblado. Sin embargo, la voz que salía de él no sufrió ningún cambio.

—Sí, alteza. Está llena de carros y gente, una auténtica migración. La Casa de Ostrabar reina suprema.

Ochenta años atrás, la Casa de Ostrabar había consistido solamente en el abuelo de Aurungzeb y un trío de concubinas a toda prueba. Había sido el generalato, y no el linaje, lo que la había sacado de las estepas del este. Cuando los Ostrabar no podían ganar batallas por sí mismos, empleaban a alguien que pudiera. De ahí la presencia de Shahr Baraz, que había sido el *khedive* del padre de Aurungzeb. Éste había comandado ejércitos en su juventud, pero era incapaz de inspirarlos del mismo modo. Nunca había dejado de lamentar aquella carencia. Shahr Baraz, aunque extranjero de origen, un jefe nómada de la lejana Kambaksk, había servido de modo competente y honesto a tres generaciones de Ostrabar. Tenía más de ochenta años, y era un anciano terrible, muy dado a la plegaria y la poesía. Era una suerte que Aekir hubiera caído en aquel momento; la larga vida de Shahr Baraz se acercaba a su fin, y con él se iría el último lazo de unión entre los sultanes y los jefes de las estepas que los habían precedido.

Shahr Baraz había recomendado que la carretera de Ormann se dejara abierta. Según él, la afluencia de refugiados debilitaría y desmoralizaría a los defensores de la línea del río Searil. Aurungzeb se preguntaba si cierta caballerosidad pasada de moda no habría influido también en aquella decisión. No importaba.

—Di al... —empezó, y se detuvo. El homúnculo se estaba fundiendo ante sus ojos, mirándolo con aire de reproche mientras burbujecía en un charco maloliente.

—¡Orkh! ¡Di al *khedive* que siga avanzando hasta el Searil!

El homúnculo movió la boca, pero sin emitir ningún sonido, y se disolvió en un líquido humeante y apestoso. En el repugnante charco en que se había convertido, era posible distinguir los restos de un feto humano en descomposición, los huesos de las alas de un pájaro y la cola de un lagarto. Aurungzeb sintió náuseas y dio una palmada llamando a los eunucos. Gheg había dejado de ser útil, pero sin duda Orkh le enviaría pronto otra criatura. Tenía otros mensajeros, tal vez no tan veloces pero igual de seguros.

Aekir ha caído.

Se echó a reír.



Serie Fantástica

Últimos títulos

24. Orson Scott Card y Kathryn H. Kidd
Lovelock
Traducción de Rafael Marín
25. Paul Kearney
El viaje de Hawkwood
Traducción de Núria Gres

En preparación

Kim Newman
La era de Drácula
Traducción de Jaume de Marcos

Andrzej Sapkowski
La espada del destino (edición coleccionista)
Traducción de José María Faraldo

Andrzej Sapkowski
La sangre de los elfos (edición coleccionista)
Traducción de José María Faraldo

Isaac Asimov
Relatos completos 2
Traducción de Manuel de los Reyes

Arthur C. Clarke
Las fuentes del paraíso
Traducción de Carlos Gardini

Andrzej Sapkowski
La dama del lago 2
Traducción de Fernando Otero Macías y José María Faraldo